

Domingo electoral en el Rastro

Miguel Logroño

En tanto, ayer domingo, el "new look" político oficial se entretenía administrando democracias por todos los andurriales de Madrid, el verdadero mitin —¿tuvo la suerte de escogerlo usted?— se producía en el corazón de la villa, a los pies del monumento a Cascorro, meseta inaugural del Rastro. Un mitin, por supuesto, oricioso, es decir, no bendecido, pero cuya liturgia extrasacramental fue capaz de reunir a incontables participantes, en una apasionada y multiforme concelebración.

Hervía el Rastro ese maravilloso y respetabilísimo tropel humano empeñado en elevar lo inútil a la categoría de perdurable. Hervían la ratita, y el conejito, y el muñequito, y "Don Nicanor" —¿cuántos "Don Nicanores" ayer?—, bajo un sol que empezaba a ser consecuente con la época y bajo el calor de una polifonía nueva, joven, apostada en aquella altura, junto a los bares con exquisito aroma a fritanga, en los que aún se degusta esa cosa tan arqueológica, y sensual, del bocadillo de calamares a la romana.

Era un mitin envolvente, en un ágora presurosa, que había elegido, por transferencia semántica del ámbito, además de la palabra —vehículo normal de un mensaje—, el tono de esa palabra. Agudo, hacia arriba, como un rayo incesante —"Dime a quién votas y te diré quién te explota", "La autogestión elimina al dirigente, al jefe, al líder, al almo, al dueño: todo, lo elimina todo"—. O grave, hacia abajo, como tenebroso —"Oiga, mire", un gesto, una confidencia; miras, no ves nada—, dicho de tú a tú, para que no se enteren los demás; no se sabe si porque lo comunicado es clandestino o porque el comunicante padece de afonía.

Ahora bien, todo esto hasta el infinito. Con tremolar de banderas, pancartas, orquestas, orquestinas, solistas, que hacían las delicias de los transeúntes. Como aquella ancianita dispuesta a no perderse ni una, arrebatada por una tremenda canción que hablaba de un extraño "menage a trois" entre la vida, la muerte y el cantante. Y que, sin dejar la sonrisa —la ancianita—, pasaba del arrebato de la música al de un repentino "slogan" que gritaba algo así como "Heidi, al poder", seguido de "Políticos, a trabajar" y "Parlamento burgués: si das tu voto, te quedas sin él". O ante el anuncio de una publicación literaria "underground", titulada "Sardanápalo", en la que escriben los poetas Rafa, Pura, José Manuel, etc., y que, al parecer, según clamaban sus vendedores, era "la revista más difundida en todo el Imperio Romano" y la que "Tutancamen leía al levantarse de la cama".

¡Cómo está esto!, comentaban, entregados, los muchos señores y señoras con marco, con aparato de luz y con plancha, al confundirse en la fiesta. Otros exclamaban: "¡Anda: son los anarcos!". Y se quedaban a escuchar a un muchacho con megáfono que, coreado por otros con frases como "Escuchen, escuchan: ahí donde le ven, tiene un piquito de oro", tronaba con un "No os dejéis engañar...", más lo que sigue. Y a terceros y cuartos que pregonaban las excelencias de un folleto ácrata con los "Filtros, catalizadores, sublimaciones y manejos del Parlamentarismo". "Cómprelo —insistían—, sólo cuesta diez pesetas. Hasta Cascorro ha adquirido estos filtros". "¿Es que no te atreves a adquirirlos tú, alma tibia y perezosa?" Pero que, como pasara el tiempo sin demasiado éxito, se veían forzados a improvisar fórmula: "Anímnense, gentes de buena fe. Les juramos que el folleto es una mierda, pero necesitamos dinero para tomar una cerveza."

Y el personal —¡milagro!— se animaba, porque, con pocas monedas, podía contribuir a apagar tan insaciable sed y ganarse un pequeño derecho a gozar del paraíso libertario. Y la concurrencia se lo pasó bomba, vencida por la otra cara de la otra campaña electoral. Y yo me juré volver el próximo domingo, a romper la monotonía de semoviente más bien escaso, y desde luego manipulado, con ese indecifrible y subyugante guirigay.